



# Damir Karakaš Celebración

Traducción del croata de Marc Casals



Galaxia Gutenberg

DAMIR KARAKAŠ

# Celebración

Traducción de Marc Casals

Galaxia Gutenberg



La edición de este libro ha recibido una ayuda del  
Ministry of Culture and Media of the Republic of Croatia

Título de la edición original: *Proslava*  
Traducción del croata: Marc Casals Iglesias

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2026

© Damir Karakaš, 2019

Esta edición se ha publicado bajo acuerdo con Ampí Margini  
Literary Agency y con la autorización del autor  
© de la traducción y el epílogo: Marc Casals, 2026  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: gama, sl  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades  
Depósito legal: B 562-2026  
ISBN: 978-84-10317-86-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

La casa

Noche, el bosque oscuro y una mano esquelética que brota de improviso frente a él. Empuña el rifle y grita: «¡No me atraparéis nunca!». Al apretar el gatillo, se despierta y se incorpora apoyándose en los codos: con un ojo mira, con el otro escucha. Luego se deja caer de nuevo hacia atrás, en la mórbida cavidad que forman los troncos de dos hayas de copa dorada.

Tumbado y envuelto en una manta militar gris, intenta atravesar una vez más la niebla con la mirada, pero sigue sin ver. Detrás de un jirón se arrastra el siguiente, aún más espeso, de forma que ni siquiera alcanza a distinguir su propio rifle junto a sus miembros largos y entumecidos.

Vuelve a escuchar en el silencio. Coloca la palma de la mano detrás de la oreja para captar mejor los sonidos del bosque: en el fondo de su oído

laten las venas de los árboles. Poco después empieza a soplar un viento cada vez más fuerte y frío y, por un instante, le parece que, en lo hondo de la maleza, el viento toca unos huesos huecos como si fueran una flauta. De inmediato, piensa en todos los huesos humanos que las alimañas seguirán esparciendo incluso años después de que haya terminado la guerra.

Lo ha despertado el sol. Hace tanto calor que tiene que coger la cantimplora, humedecerse la palma de la mano y pasársela por las sienes ardientes. Después el sol brilla traicionero en el cañón del rifle, así que en el acto lo oculta bajo el borde roído de la manta.

Se echa un poco más para atrás en su escondrijo entre las ramas. Se coloca unas cuantas frente a la nariz para pasar lo más desapercibido posible y su uniforme de color marrón amarillento –debido al cual hay quien les llama «gatos rubios»– se funde con las capas cada vez más gruesas de broza que hay en el suelo. Cada vez que cae una nueva hoja, atrayendo su mirada con hilos invisibles, siente cierta preocupación. Cuando las ramas se deshojen por completo y el bosque quede desnudo, todo lo que hay en él se volverá más claro y perceptible a la vista.

Por suerte, piensa, según acordó en detalle con su mujer –una noche en que, envuelto en la oscuridad, fue arrastrándose hasta la casa y la vio por primera vez desde hacía mucho tiempo– pronto estará a punto un escondrijo donde nadie podrá encontrarlo. Movido nuevamente por la imagen de ese refugio secreto, empieza a mirar hacia el pueblo de reojo: en la bruma temblorosa, esa decena de casas al pie del monte, hechas con bastas tablas de madera de abeto y techadas con pizarrilla, parecen una fotografía de la que entran y salen hombres uniformados. Igual que en los días anteriores, observa cómo buscan apuntando con sus rifles, cómo clavan sus bayonetas en los almiares de heno.

Su mirada se detiene en uno de esos soldados. No le quita la vista de encima. Durante un tiempo, el soldado permanece en el patio inmóvil como una estatua, como si se bastara a sí mismo, y a continuación, entra en la casa. El brazo de él se remueve con un gesto más rápido que su pensamiento, por lo que no sabe qué es lo que busca alargando el brazo en esa dirección. Luego, entre dos miradas afiladas que dirige hacia el pueblo, piensa si ella, su Drenka, le habrá sido fiel durante estos años.

Enseguida se acuerda de que fue por eso por lo que se casó con Drenka: porque sabía que jamás lo

iba a traicionar ni a engañar. Siempre lo vio en sus ojos, desde la primera vez que se fijó en ella, mientras bailando en el corro empezaron a intercambiar sonrisas con la mirada. El soldado no tarda en salir de la casa, desaparece en el establo, vuelve a aparecer y se sacude un par de veces las botas.

Detrás de él, en el patio hacen acto de presencia dos soldados más, estos con capotes oscuros y envueltos en mantos. Las bayonetas largas y afiladas que llevan en los rifles destellan como si absorbiesen toda la luz del día. Caminan, asoman entre los almiarés y luego se pierden de vista. Entran y salen de las casas. Él sigue tumbado y observa cada uno de sus movimientos.

A medida que los luminosos rayos del sol se van diseminando por el bosque, recuerda que tiene que quitarse de encima todo lo que es de metal y puede relumbrar. Primero, apoyado sobre un costado y haciendo girar el tronco ahora a la izquierda, ahora a la derecha, se despoja de la parte superior del uniforme. Acto seguido introduce la prenda en una mochila donde todavía queda un poco de munición y una navaja de afeitar plegable. Se pasa la mano por la barba, crecida ya de una semana, y piensa que pronto le convendría un afeitado. A continuación se desabrocha el cin-

to de piel, se lo quita y lo guarda también con esmero. En su funda hay una pistola que, al poco de estallar la guerra, cogió de un compañero muerto en combate.

Se estira y continúa observando, con la esperanza de que el cambio de perspectiva disipe el pensamiento de que la caída de las hojas puede acabar por delatarlo. Y que luego lo fusilarían en el pueblo delante de todos: ¡de su familia, de su mujer y de sus hijos! Los soldados que rondaban por allí abajo han desaparecido sin dejar rastro alguno. Ya no los puede ver. Como si lo celebrase, coge la cantimplora mirando hacia el pueblo e, inclinándola, toma varios tragos largos de un agua ya bastante entibiada por el sol.

Con ademanes lentos, se apoya sobre el otro codo y fija de nuevo la vista en su casa. Se agita sin querer cuando, de súbito, en su campo de visión aparecen primero dos niños y luego, justo detrás, una mujer con una falda ancha y negra (su hermano murió en el intento de romper las líneas enemigas en el pico de los Perros). Todo lo que ve ahora, como cada vez que los observa desde aquí, quiere conservarlo en su interior.

La mujer acaba de descolgar una colada blanca del alambre largo y tensado que hay en el huerto

de frutales, detrás de la casa. Mientras, los niños –que tienen más o menos la misma altura– correatan alrededor de la construcción, sin que se sepa cuál de los dos pega más voces. Una vez la mujer ha llenado el barreño, se lo echa al hombro y llama a los chiquillos, que enseguida van a toda prisa hacia ella. Por un instante, le da la impresión de que lo que la mujer y los niños están entrando en la casa es un muerto, y se libra de ese pensamiento aciago con un rápido movimiento de cabeza.

Observa con mayor atención a los pequeños. La mujer les va a la zaga y les grita algo incomprendible que él no alcanza a entender. Lo más probable, piensa, es que les avise para que no tropiecen con el umbral de la casa, como le ocurrió a él unas cuantas veces de niño: se había caído, pelado las rodillas e incluso, en una ocasión, por culpa de ese umbral le había brotado en la nariz una flor de sangre.

Cuando el patio queda de nuevo vacío, sólo con las densas sombras de la casa y el tilo pegado a ella, siente en el pecho una dolorosa soledad. Nota la presencia de esa soledad en todo lo que tiene alrededor: en las hojas, en los árboles, en las nubes y también en la mosca que zumba alrededor de su cabeza. El insecto traza figuras enrevesadas, como si estuviera transmitiendo mensajes

cifrados a alguien, así que lo aplasta de un manotazo repentino contra su hombro.

Está tumbado sobre una manta que, durante los últimos días, se ha impregnado del olor a hojas putrefactas y tierra húmeda. Por debajo de sus cejas tupidas, suele observar primero el pueblo y después el ramaje mezclado que tiene sobre la cabeza, el cual, constata, está perdiendo cada vez más y más color. A veces mira de reojo hacia la deslumbrante esfera solar y calcula con la mirada un tiempo que jamás le había parecido transcurrir tan despacio.

Está siempre tumbado en este mismo sitio, aspirando en la nariz el olor acre de la resina fundida, y ha empezado a ponerle nervioso todo aquello que se mueve en torno suyo: el sol, el viento... y los pájaros que vuelan bajo por encima de la fronda con un rumor de alas.

Cuando el sol de la tarde al fin desaparece tras las nubes oscuras, empuña el rifle, se coloca la culata de madera de nogal sobre el hombro derecho y vigila el pueblo a través de la mira. Otra vez están allí. Buscan y hablan con los paisanos mientras él los mantiene en su objetivo, sintiendo el latir del

gatillo en la yema del dedo índice. No tiene intención de dispararles, porque hacerlo sería una estupidez; sólo es que, al armonizar su cuerpo con la mira del rifle, el tiempo pasa un poco más rápido.

Al caer la tarde aguza todavía más el oído. Está feliz porque sabe que ella está a punto de llegar con noticias, comida y agua. En el silencio y la penumbra escucha sus pasos, que sería capaz de distinguir entre un millar de pasos más. Ella avanza con la cautela de un jabalí, se detiene como si se parara a pensar algo y, de golpe, retoma el camino. No ve la hora de abrazarla. La felicidad sería completa si con ella vinieran los niños, se dice, pero es mejor que aún no sepan nada. Ya se volverán a ver cuando llegue el momento.

Ella surge despacio entre la espesura. Va calzada con zuecos de piel de oveja y, sobre el austero vestido de luto, se ha terciado un zurrón de pastor con bordados azules y rojos. Lanza una mirada rápida a su alrededor y todo su cuerpo exhala un suspiro. Llega hasta donde está él, se hinca sobre las rodillas desnudas y le susurra, medio jadeante: «Ya estoy aquí». En el acto mete la mano en el zurrón y empieza a sacar víveres: un pan desgajado, crujiente y amarillo como el sol que acaba de

ocultarse detrás del monte; un pedazo de queso; dos huevos duros ya pelados, y una damajuana tapada con un trozo de mazorca de maíz.

«¿Vosotros tenéis para comer?», le pregunta él. «Que los niños no pasen hambre». Ella inicia el gesto de negar con la cabeza y, antes de terminarlo, murmura entre dientes: «Jamás han pasado hambre». Él asiente y se pone a engullir, tratando de meterse la mayor cantidad de comida posible en la boca. «¿Cómo va por el pueblo?», pregunta sin dejar de masticar. Mira el cuscurro de pan que le queda en la mano y, sin esperar a que ella le responda, coge la cantimplora y vacía en el suelo las escasas gotas que quedaban en su interior. Empieza a verter dentro el agua nueva y a bebérsela, tragando con ruido y haciendo bajar la comida por el esófago.

La mujer inspira bien hondo y dice, rellenando con breves suspiros los silencios entre palabras: «Te buscan. Os buscan cada día. Han puesto patas arriba el pueblo». Él sacude varias veces la cantimplora sin motivo alguno y contesta: «Pues por mí ya pueden seguir buscando». Da un trago más y enrosca el tapón de la cantimplora. La mujer le quita de la manga una flor de lampazo seca y, con voz apenas audible, pero en la que se oyen otras voces, como si no fuera la única que sostiene esa opinión, dice: «He pensa-

do que lo mejor es que te entregues y que les digas que no has hecho nada malo». Él se enjuga la boca húmeda con la palma de la mano y responde, mirando hacia el pueblo con el entrecejo fruncido: «¡Me entregaré cuando sea el momento, y no cuando ellos digan!».

Una vez se ha comido todas las provisiones, las yemas de sus dedos buscan por la hierba migajas de pan y queso que se lleva a la boca con avidez. Se acerca a la mujer, la abraza y le acaricia el pelo recogido en una cola negra que cae por su recia espalda. Mantiene durante un tiempo la cabeza recostada sobre la de ella, sintiendo la línea de su columna vertebral. Eso le llena de una placidez extraña, como cuando, de chiquillo, guardaba el rebaño con su madre y apoyaba la cabeza en su regazo mientras ella le arrancaba los piojos del pelo.

«Me entregaré en dos o tres meses, no ahora que aún hay mala sangre», insiste. Pasa de estar tumbado a sentarse y vuelve a trasvasar agua de la botella a la cantimplora. «¿Ya estás lista?». Tapa la botella y a continuación la cantimplora, esta con brusquedad. «Sólo un poco más», le responde ella, y él repite en su fuero interno esas palabras llenas de ternura. «Mijo», añade la mujer. «¿Tú crees que esto va a acabar bien?». «No puede acabar de otra forma», le contesta él,

cambiando de postura. Mira muy por encima de ella, hacia las copas negreantes del bosque, como si con eso le indicara que es hora de partir.

De pronto ella le abraza y se le arrima bien fuerte. Él le dice: «Venga, vete ya», acariciándole la espalda, y se tumba despacio junto a su rifle. «Cuida de los chicos», añade. Al pronunciar la palabra «chicos», tiene la leve sensación de que algo se le atraviesa en la garganta.

Cuando ella ha desaparecido por completo de su vista, pasando entre los árboles como una sombra, empieza a pensar en lo que dirá si algún día se entrega (para reflexionar mejor sobre eso cierra los ojos). Les explicará sin rodeos lo que ocurrió y cómo ocurrió, que todo empezó con esa celebración en la pequeña ciudad de G. Al escenario subió un orador con sombrero de copa (era la primera vez que Mijo veía uno) y pronunció con voz ronca tres frases que aún recuerda. La primera: «Si alguien pone en riesgo el nacimiento de nuestro Estado será condenado a muerte». La segunda: «Ellos son un peligro para nuestro futuro». Y la conclusión (eso no se lo va a contar a sus hipotéticos captos): «El comunismo es cuando los hermanos se follan a sus hermanas».

Si ellos piensan que es culpable por haber creído a ese hombre docto –y él piensa que no lo es, porque no ha degollado ni asesinado a nadie, sal-

vo quizá cuando disparó a quienes le disparaban, pero es que en la guerra la gente se dispara entre sí; si piensan de esta forma, que lo sometan a un juicio justo y él cumplirá su condena. Sólo quiere volver cuanto antes con su mujer y sus hijos a su tierra avara, que es la única que posee.

De estar tumbado vuelve a sentarse y de pronto alza la vista, sin saber ni siquiera adónde dirigirla. Comienza a ponerse el abrigo militar con desasosiego, sólo para no pensar en nada. Sin mirar, se abrocha de abajo arriba la hilera de botones de latón, cosa que apenas consigue, y, al llegar al cuello de la camisa, se lo endereza. Entonces le viene a la mente una imagen en la que avanza hacha al hombro, seguido por sus dos hijos –espigados, corpulentos, cantando alegres– y al acto se pone de buen humor. Suspira diciéndose: «Todo irá bien». Contemplando su manga sucia de barro, en paz con el insecto acorazado que hace ya un rato le corretea por encima –y, de esta forma, también en paz con aquellos contra quienes ha hecho la guerra–, piensa: «Algún día les contaré todo esto a mis nietos junto a la lumbre».

En la noche colmada de claridad lunar, coge el rifle y estira las piernas. La luna, henchida, espía cada uno de sus pasos cautelosos como un ojo

que todo lo ve. Conoce al detalle este terreno, todos y cada uno de los vericuetos del bosque, cada árbol y cada piedra, porque aquí es donde solía guardar las reses de pequeño. Sale al prado y ronda por el avellanar, impregnado de frescor nocturno, para recoger avellanas. Pasa dos horas rebuscando por la espesa vegetación y, una vez ha hecho acopio de frutos, emprende el camino de vuelta con los bolsillos rebosantes. Se para a mirar cada árbol junto al que pasa. Tiene la impresión de que cada uno de esos árboles puede cobrar vida y agarrarlo por el cuello.

Cuando llega a toda prisa a su lecho –sin dejar de sentir cómo el bosque le clava en la espalda su mirada de incontables ojos– se arrebujaba en la manta y se levanta el cuello de la camisa. Escucha en la lejanía un fragor de rifles y el ulular del búho, que vuelve más densa la oscuridad. Los rifles han callado, pero ahora empiezan a sonar los truenos. Un relámpago ha caído en el corazón del bosque. Le entra miedo de que rompa a llover, pues le costaría resistir unos días más con la ropa mojada. No tendría otra opción que refugiarse en una cueva próxima, pero es posible que la inspeccionen a diario, porque en la comarca la conoce hasta el último mocoso.

Coloca el rifle junto a él y se plantea dónde lo dejará cuando se traslade de aquí a su nuevo es-

condrijo. Piensa que allí abajo le bastará una pistola con el cargador lleno, y que el rifle sólo sería un estorbo. Los relámpagos siguen fulgiendo: en una misma mirada ve la sucesión de la luz y la oscuridad.

Por la mañana lo despierta el canto de unos pájaros. Aún desorientado por el sueño, a su derecha oye a unos ovejeros que conducen a gritos al rebaño a pastar. Escucha sus voces roncadas de tanto desgañitarse y los graznidos crecientes de los mirlos que dialogan a un volumen cada vez más alto. A su izquierda, por una vereda cercana del bosque, unos bueyes arrastran un carro con ruedas de madera herradas que trituran los guijarros bajo su peso. Procedente de estos sonidos, más que de su propia mente, le viene el recuerdo de su difunto padre.

Una vez, por esta misma senda con baches y guijarros puntiagudos, iban con el carro tirado por bueyes su madre, su padre y él, llevando troncos de haya recién talados. Por culpa de los guijarros, su buey Oscurito cojeaba y se dolía. Tenía una pezuña trasera tan lastimada que su padre se quitó los patucos de lana y se los calzó.